

# La minoría invisible

JSMartín FLOR



# Capítulo 1

nistagmo de media noche

Las nubes son gatos grises que persiguen mariposas negras en los tejados. Mi salvación esta en resurgir en las grietas verdes de un muro de ladrillo y pintar un bosque azul con mi sangre y

una bandera roja y negra con mi saliva. La noche y los caminos. La ruta nocturna del hipotético

transporte público y el encierro en una esquina transparente. El criterio del anochecer despinta

y desabrocha sus emociones al llevar mi vida mas despacio por un túnel de grafittis. Cuando

Bogotá se zambulle imperfecta en la profundidad de la noche se transforma en una ballena

azul de ojos negros y resbaladizos. El cetáceo aletea y aletea trasladando su barriga ahíta de

promesas y destierros hasta el meridiano de la tiniebla emitiendo una melodía de una sola nota,

grave y ronca; un canto latoso como la voz sin esperanza de un naufrago que se repite en las

olas. Su canturreo soleado es un cúmulo de estrellas ardientes y minerales pesados, transeúntes

de vapor que se vuelven nubes espesas en la copa de los arboles y larvas despedazadas en las

techumbres.

Mis pies manchados de luces neón se desmoronan en la sombra descalza de mi cuarto. Parte

de mi vida solo ocupa dos viejos morrales. El resto no tiene sentido en ningún sitio. Quizás donde

los pelos se transforman en lunares puedo guardar lo que oigo. Quizás abajo puedo llevar lo que

es muy temprano para traer arriba y retorcer mis reflejos tardíos para subir demasiado lejos y

tomarme la molestia de desempolvar los cuartos vacíos de la casa que hace tiempo nadie visita.

El vínculo del extravío da vueltas alrededor del ventilador macerando el rincón soporífero de mi

anochecer. El desvelo brilla detrás de mis parpados a su máxima capacidad y dentro de los ojos

ondean pedacitos de mi piel envueltos en un aguacero tibio.

Por el tragaluz de mi cuarto veo el árbol roto de la vida que me observa echando espuma

blanca por la boca, peinándose la cabellera con sus largas uñas plateadas. Cada noche Bogotá

repara su mascara de espanto con enormes brochazos de estuco y cal. La ciudad no tiene

nada que otorgar y yo no pienso caer muerto en sus brazos, no me pienso repetir en caídas y golpes en sus muros y candados. Con un revolver en la mano el viento desnuda los días y los arboles, las ventanas cerradas levantan los brazos y las escaleras se cuecen la boca con un alambre de púas electrificado. Un aire que no se puede respirar rebana tajadas del relleno de las nubes que parecen caminar para atrás con los ojos vendados. La luna, una mosca blanca que da vueltas alrededor de una bolsa de agua, dibuja un parche de destellos estremecidos en una fila de vehículos polvorientos. Ajena y enajenada, la noche trae envoltorios de dulces y sal en la garganta. Las estrellas aterradas se alejan hasta las colinas buscando refugio en la línea opaca del horizonte.

Mirarme dentro es ningunearme, ahogarme en un mar de lava ardiente. Los suplementos literarios, la enumeración del mundo de las cosas, los lunes derrumbados en el lavamanos, son mi guía para cruzar a la otra orilla. Contradecir el bienestar de la mirada es asumir la inconformidad, abolir el toque de queda, borrar me del mapa, luchar contra la normativa estética reinante. La medianoche cuestiona el nivel de flotación de mi sombra, la situación de mi densidad líquida arrojada sobre un sendero tupido de flores amarillas que da a un parque de jardines dispersos. La noche camina dormida con lentes oscuros para que no le vean los ojos chorreados hacia los lados. Dibuja con sus dedos las configuraciones del desaparecer, las claves para ver más allá de las luces artificiales y de la falsa oscuridad. Lo que se puede ver escapa de la mirada. Yo me siento no vista y paso desapercibida calmando mi sed en un amor que envidia el cielo. Dame medianoche con tu distanciamiento unos ojos nuevos iguales a las lunas de Saturno. Estimula mi nervio óptico, despluma la órbita de mi pupila. Dame unos ojos rocosos, telúricos e insufribles, con diferentes formas y procedencias, que siempre estén girando y que sean el depósito de líquidos inflamables. Dame medianoche los hilos conectores del amanecer, dame la cura para mi conjuntivitis y mi astigmatismo, dame buen consejo para detener las

estalactitas technicolor que llueven de mis ojos desde un mas allá que  
trae un carro tirado por  
unos caballos blancos gigantes.  
La ramas de los cedros golpean las señales de tránsito despertando un  
anhelo sordo en mi  
estómago. Las raíces de los eucaliptos rompen las aceras deformando las  
calles y torciendo  
mis tobillos. Reúno los pedazos de mi misma en la noche de rejas  
quemadas, sentando mis  
ebulliciones en lozas de cemento pulverizadas por el uso. Pero cuando me  
siento preparada  
para saltar lejos, para flotar en el agujero que forman mis manos vacías  
me detiene el marco de  
mi cuerpo, la moldura de mi existencia. No puedo salir de mi misma sin  
arañarme las entrañas,  
sin arrancarme a dentelladas los trozos de mi anatomía amarrada al  
centro de la tierra. Atada al  
fuego negro que anima el prisma cromático de mi pulpa herida de  
sentimientos me coloreo con  
otras formas de respirar. Disminuyo la velocidad. Camino muy despacio.  
Me detengo pero me  
sigo moviendo. Los postes en las calles sostienen un universo de días  
venideros y paseantes  
impertérritos. Las partes de mi vida que ya no me pertenecen se  
desvanecen sepultadas  
bajo bolsas de basura apiladas contra la pared. El aire que entra por las  
rendijas de mi cuerpo  
trae diminutos gorriones de largas pestañas doradas y fetos de palomas  
con los ombligos  
  
chamuscados. Perros amarillos con los ojos rojos, olor a chicha en  
descomposición, fragancia a  
musculo en el asador, hedor a carne de cañón y pétalos de cempasúchil.  
¿Duermen los pasos  
extravagantes de un sueño incumplido en caminos inundados por  
temporales que nadie había  
previsto.?